

BIBLIOTECA

15
Los Grandes Filmes

La Novela Semanal Cinematográfica



hermana
in Sulpicio

POR
Imperio
Argentina
50 cts.



LA HERMANA SAN SULPICIO

REY, Florida

BIBLIOTECA

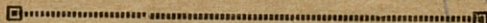
Los Grandes Films

DE

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

DIRECTOR: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis - BARCELONA - Teléf. 18551



La hermana San Sulpicio

(1927)

Adaptación cinematográfica de la popularísima novela del eminente escritor

D. A. Palacios Valdés

Intérprete principal:

Imperio Argentina



Producción nacional

Distribuída por

Cinematográfica Almira

Rambla de Cataluña, 46 · BARCELONA

Prohibida la
reproducción
Revisado por
la censura

Tip. Barcelona - Aribau, 206 - Teléfono 75087 - Barcelona

La hermana San Sulpicio

Argumento de la película

1

Ceferino Sanjurjo, hijo de un farmacéutico de una población gallega, había ido a Madrid a estudiar para médico, y si bien es verdad que obtuvo el título, salió de la Corte convertido, más que en un doctor en medicina, en un poeta descriptivo.

Tuvieron la culpa de ello unos bohemios que tuvo por compañeros en la casa de huéspedes y sus contertulios en uno de los principales cafés de Madrid, los cuales lo-

graron convencerle de que en el mundo no había nada estimable, a excepción de la literatura y su hermana la poesía.

Sn fina sensibilidad y su tenacidad de gallego hicieron el milagro de convertirle en un poeta solicitado, pero los versos tienen a veces malas consecuencias y a Sanjurjo le produjeron un desorden estomacal—debido a las malas comidas, al exceso de cafés, a las largas veladas, etc., etc.—del que tuvo que ir a curarse a Marmolejo, famoso por sus aguas.

Su padre había hecho una fortunita componiendo y despachando recetas y veía con agrado que el nombre de su hijo apareciera en los periódicos, por lo que no se opuso a que Ceferino continuara cultivando la poesía, e incluso le prometió costearle la práctica de tan elevado ejercicio, enviándole mensualmente una cantidad que le asegurara algo más que la comida.

Así pudo trasladarse a Marmolejo y allí conoció a una monja cuyo nombre de pila era Gloria Bustamante, pero que tomó con los hábitos el de hermana San Sulpicio.

Estaba en Marmolejo con otra herma-

na joven como ella y acompañada también por la madre Superiora del colegio sevillano en que ella era maestra. Las tres habían ido a Marmolejo porque necesitaban de sus benéficas aguas.

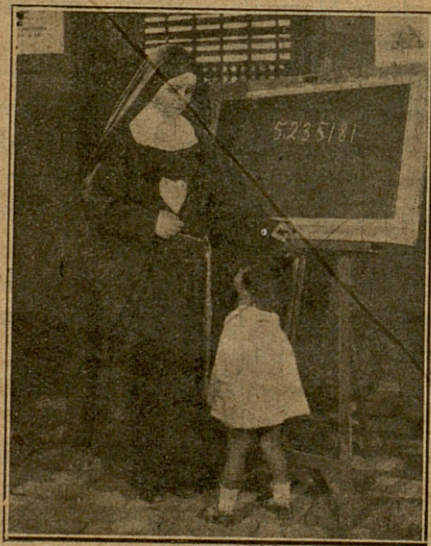
Sanjurjo las conoció en su primera visita al manantial y desde el primer momento le llamó la atención la belleza de la hermana San Sulpicio, una morena de ojos magníficos, muy vivos y negros, graciosa naricilla y boca roja y húmeda.

Pero lo que más le sorprendió de la encantadora monjita fué su desenvoltura, su gracejo extraordinario, su simpatía arrolladora, todo lo cual le parecía un tanto impropio de una religiosa.

Lo comprendió todo gracias a los informes de un malagueño llamado Suárez, con el cual trabó amistad desde que se vió precisado a compartir su habitación con él en la posada.

El malagueño conocía a media Andalucía y, al ver a la hermana San Sulpicio un día que paseaba con él, le dió algunos detalles de su vida. Era profesora en un colegio de monjas. Y añadió:

—Esa novicia, ahí donde usted la ve, viste el hábito a la fuerza. Es sevillana de



Era profesora en un colegio de monjas.

pura cepa. Su padre era un rico comerciante que dejó al morir un par de millonajos de pesetas y una viuda bastante alegre, que

dió a administrar su fortuna a un hombre, al que se dice entregó también su corazón. La niña a todo esto estaba en el colegio, y al salir, terminados sus estudios, y ver lo que sucedía en su casa, se volvió al convento en calidad de novicia. Como en la orden a que pertenece hay que renovar los votos cada cuatro años y los cuatro de ésta están ya a punto de terminar, ahí tiene usted que dentro de un par de meses habrá por Andalucía una soltera dotada con una respetable fortuna.

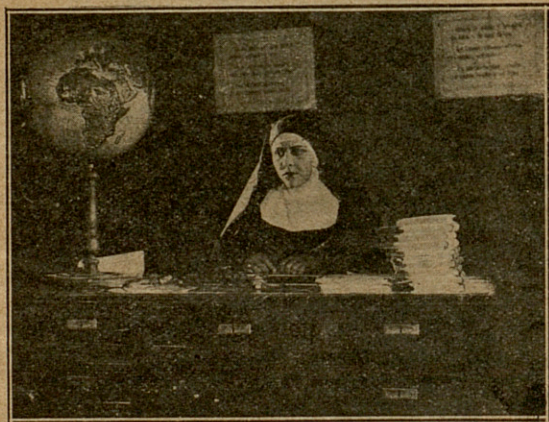
—¿Usted cree que no renovará los votos?

—¿Esa? Estará deseando que terminen los cuatro años para lanzarse a la calle a bailar seguidillas. ¡Claro que tiene muchas contras! La primera es su madre, que está empeñada en que la chica continúe en el convento, la segunda... Bueno, usted ya me entiende. Dos millones no son de despreciar. Ya sabe usted las limosnas y el bien que se pueden hacer con dos millones.

Esto contribuyó a que Sanjurjo se interesara por la monjita, pero la causa principal de este interés fué, dicho sea en honor suyo, la belleza, la gracia, las virtudes y

otros parecidos dones que halló en la hermana San Sulpicio.

Se encontró varias veces con ella en el



Volvió al convento en calidad de novicia.

manantial y le fué fácil entablar amistad, gracias al desenfado y a la simpatía de la novicia.

Llegó a enamorarse de ella como un colegial y parece ser que a Gloria no le fué del todo antipático Sanjurjo.

A pesar de las dificultades que para ello ofrecía el hábito de la religiosa, un día, en el paseo, tuvo ocasión de espetarle una declaración en toda regla.

Ella se enfadó muchísimo. Era impropio de un caballero hablar de aquellas cosas a una novicia. Pero después, al ver la cara de turbación y de espanto que Sanjurjo ponía, se echó a reír de muy buena gana y le dirigió algunas palabras burlonas que alegraron un tanto al abatido y desconcertado galán.

II

La culpa la tuvo Suárez.

Como las monjas se hospedaban en la misma posada y el malagueño era un virtuoso de la guitarra y del *cante jondo*, y como a Gloria la entusiasmaba todo lo flamenco y le rebullía la sangre cuando oía unas peteneras o unas soleares, a Suárez no le costó gran trabajo convencer a la hermana de que luciera sus habilidades, una vez obtenido el necesario permiso de la Superiora.

Se reunieron todos en la sala de la posada y allí acabó Sanjurjo de chiflarse por aquella criatura angelical que cantó y bailó como una maestra consumada.

Pero no todo fueron glorias. En Marmolejo había un padre jesuita que se enteró de la juerga y que se apresuró a enviar la noticia al convento sevillano, desde donde llamaron inmediatamente a las religiosas.

En pos de ellas marchó Sanjurjo, cada vez más enamorado de la hermana San Sulpicio y los primeros días de su permanencia en Sevilla los dedicó a hacer averiguaciones, logrando enterarse de que el convento donde estaba su sueño dorado era el colegio del Corazón de María y que su capellán se llamaba el padre Sabino.

Desde entonces no pasó día sin que diera un par de vueltas alrededor del convento y entretanto hizo amistad con un compañero de hospedaje, el comandante Villa, que andaba de cabeza por una sevillana llamada Isabel, bella y exquisita y que además era hija única de un conde.

Un corazón enamorado comete muchas imprudencias, y Sanjurjo demostró de este modo que amaba de veras.

Tuvo nada menos que la ocurrencia de ir a visitar al padre Sabino, el capellán del

convento, para tratar de convencerle de que no se opusieran a la voluntad, demostrada por la hermana San Sulpicio, de dejar los hábitos cuando terminara el plazo de sus primeros votos.

El padre Sabino, que era un hombre franco, rudo, franco y corpulento, se le quedó mirando fijamente al oír su demanda y exclamó:

—¿Conque usted está enamorado de los dos millones, verdad?

—¡Me ofende usted, padre!

—No, si no ha sido usted el primero. Pues bien, mozalbete, ¿sabe usted lo que hago yo con los que como usted manchan con sus mezquinas pasiones los hábitos de una religiosa? ¡Arrojarlos de mi casa! De modo que largo de aquí, mal bicho. ¡A la calle, a la calle!

La indignación de Sanjurjo fué tan grande, que estuvo a punto de abalanzarse sobre el capellán; pero comprendió que saldría mal librado, pues el padre Sabino era un verdadero atleta, y resolvió marcharse.

Inmediatamente se dió a concebir un plan que le permitiera, no vengarse porque

vengativo no era, sino obtener lo que se proponía.

Recordó que tenía un tío carnal en Madrid, alto empleado del Ministerio de Gracia y Justicia, el cual tenía tal influencia que más de un obispo le debía a él el nombramiento, y le escribió pidiéndole una carta de recomendación para algún dignatario de la Catedral.

Mientras llegaba la respuesta, se entregó casi por entero a la amistad del comandante Villa, al que contó, para expansionarse, todo lo que le había ocurrido.

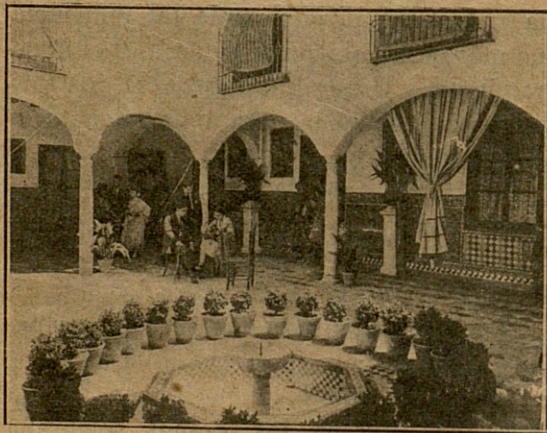
El comandante, para distraerle de sus pesares, le llevó aquella noche a casa de los Anguita, una familia conocida en Sevilla entera que, durante los veranos, celebraba todas las noches reuniones en el patio de su casa y allí conoció a Isabel, la condesita tan locamente amada por el comandante Villa.

En las noches siguientes volvió a asistir a la reunión de los Anguita y una de ellas supo por el comandante que Isabel deseaba decirle algo.

Se apresuró Sanjurjo a ir en busca de la aristócrata y ella le invitó a que se sentara

a su lado, dejándole estupefacto con esta declaración:

—Lo sé todo, amigo mío.



En las noches siguientes volvió a asistir a la reunión de los Anguita.

—¿Qué es lo que sabe usted?

—Lo que está usted pasando por la hermana San Sulpicio.

Quedó Sanjurjo confuso y azorado. Sin

duda se lo había contado todo el comandante.

—Pues bien—continuó Isabel—. He de decirle para satisfacción suya que Gloria es prima mía y que estoy dispuesto a ayudarle.

Siempre le había parecido a Sanjurjo simpática la condesita, pero ahora se lo pareció mucho más.

—¡Cuánto le agradezco su bondad, Isabel! ¿Qué le parece a usted que haga?

—Eso a usted corresponde pensarlo. Lo que yo puedo hacer es pedir a mi padre vaya a ver a tía Tula, la madre de Gloria, para influir acerca de usted.

—Si su padre lograra convencerla de que Gloria no debía renovar los votos...

—También eso lo intentará. Pero le advierto a usted que tenemos muy poco trato con tía Tula. Mi padre y ella debe de hacer años enteros que no se han visto. Sin embargo, ella tiene mucha simpatía hacia papá y antes le obedecía en todo. Ya nos veremos por aquí y seguiremos hablando del asunto. Estoy verdaderamente interesada en que logre usted su propósito, no sólo

porque Villa le estima a usted de veras, sino porque me da pena que mi prima, tan simpática y generosa, se consuma entre las cuatro paredes de un convento.

—¡No puede usted imaginarse lo feliz que me hace, Isabel! No en balde asegura Villa que como usted no hay dos mujeres en el mundo.

—¡Cuidado! ¿Dónde deja usted entonces a mi prima Gloria?

—Tiene usted razón. Villa debió decir que como usted no hay "tres" mujeres en el mundo.

* * *

Por fin llegó la carta del alto empleado del ministerio de Gracia y Justicia. Con la natural satisfacción vió Sanjurjo que dentro de ella había otra dirigida a un prebendado de la Catedral llamado don Cosme de

la Puente. Era una carta de recomendación muy expresiva.

Después de comer se dispuso a ir a visitar a don Cosme, pero en la puerta de la calle le detuvo una mujer de muy humilde aspecto para preguntarle:

—¿Es usted don Ceferino, señor?

—Ese es mi nombre—repuso Sanjurjo, mirándola con sorpresa.

—Pues, tengo que darle a usted un recadito. ¿Quiere que entremos en el portal?

—Como usted guste—contestó Sanjurjo, cada vez más intrigado.

Entraron en el portal y la mujer sacó del pecho una carta que le entregó a don Ceferino, el cual rasgó el sobre apresuradamente y lo primero que hizo fué buscar la firma con los ojos.

Como no la tenía, preguntó:

—¿De quién es esta carta?

—De mi señorita.

—¿Y quién es su señorita?

—La señorita Gloria.

Pálido de emoción, Sanjurjo se puso a leer, mejor dicho, a devorar con los ojos la carta, que decía así:

Muy señor mío:

Habiendo sido castigada severamente por la Superiora, que me ha tenido cinco días privada de toda comunicación con mis hermanas y con las educandas, me he enterado de que la razón del castigo era que un joven cuyas señas coinciden con las de usted se había presentado al padre Sabino diciéndole que era mi novio y que venía a sacarme del convento. Le ruego que no vuelva a ocuparse de una pobre mujer a la que ha ocasionado y puede volver a ocasionar serios disgustos.

Más que en lo que le decía la carta, Sanjurjo se dió a pensar en el hecho de que Gloria, una religiosa, había podido escribirle.

Le preguntó a la portadora cómo se había realizado aquel milagro y ella se lo explicó en dos palabras.

Ella había servido en casa de doña Tula cuando era joven y quería mucho a la señorita Gloria, y como tenía una prima que estaba de criada en casa de unos señores cuyas niñas estudiaban en el colegio del

Corazón de María e iba a llevarlas y a recogerlas diariamente, pues cuando la señorita Gloria tenía alguna carta para fuera del convento se la daba a su prima y ésta se la entregaba a ella, quien se cuidaba de hacerla llegar a su destino.

—¿Entonces podré contestarle?

—Sí, señor. En las contestaciones hacemos lo mismo, sólo que al revés. Yo le doy la carta a mi prima y mi prima se la da a la señorita Gloria aprovechando una oportunidad.

—Entonces hágame usted el favor de venir al obscurecer. Ya la tendré escrita.

Antes de dejarla marchar le preguntó su nombre. Se llamaba Paca y trabajaba en una fábrica de tabacos.

Se dirigió a casa del prebendado de la Catedral al que le había recomendado su tío y por el camino fué pensando en lo que haría a los culpables del encierro de Gloria. Tan furioso estaba contra los que habían maltratado a la hermana San Sulpicio, que al llegar a la casa de don Cosme de la Puente tuvo que dar una vuelta por la calle para tranquilizarse antes de entrar.

Don Cosme le recibió con los brazos abiertos.

—Pida usted por esa boca —le dijo—. Siendo usted sobrino de quien es, no hay nada que yo sea capaz de negarle.

Sanjurjo le pidió una recomendación expresiva para el padre Sabino, el capellán que tan groseramente le recibiera, y don Cosme se la dió de mil amores, poniendo a su compañero una tarjeta en la que hacía resaltar que el dador era sobrino de quien era.

Después de esto, Sanjurjo regresó a su casa y escribió la carta de contestación para Gloria.

Mi bella y amable amiga:

En efecto, yo he sido el desdichado que tuvo la mala ocurrencia de visitar al padre Sabino y proporcionarle a usted un disgusto. Pero este disgusto no es nada comparado con el que he sentido yo a causa de su enojo. Me he atrevido a tanto porque mi pobre imaginación no ha hallado otro medio de acercarme a usted. Además, como sabía que estaba usted resuelta a dejar el

convento, no me pareció un acto tan punible tratar de saber si, una vez libre, rechazaría mis instancias. Que estoy enamorado de usted no necesito repetírselo porque bien se lo he demostrado. Por eso su carta me ha sumido en la desesperación; porque me persuade de que mis esperanzas han sido inútiles y nuestras conversaciones en Mar-molejo un sueño feliz del cual conservaré grato recuerdo toda mi vida.

Eternamente suyo

S.

Postdata. He conocido en cierta tertulia a una prima de usted, la condesita de Padul, de la que no necesito hacerle alabanzas.

¿Contestará usted a esta carta?

Si así no fuera, esperaré pacientemente a que salga usted del convento para verla siquiera una vez y marcharme.

S.

Al obscurecer se presentó Paca por la contestación y se la llevó, con un duro que no quería tomar, pero que tomó por fin.

En los días siguientes Sanjurjo se dedicó de pleno a esperar la contestación, que llegó al cabo de cuatro jornadas de mortales dudas.

La carta no contenía más que dos renglones y decía:

*Es usted tan gracioso, que le perdono.
Cuando salga del convento hablaremos.*

III

Animado por esta contestación y escudado en la carta que le había entregado don Cosme de la Puente, fué de nuevo a visitar al padre Sabino, el capellán del colegio del Corazón de María.

Salió a abrirle la puerta el ama y, al reconocerlo, no esperó a consultar al cura para darle con la puerta en las narices. Pero Sanjurjo volvió a llamar y consiguió de la vieja fuera a anunciar su visita al padre Sabino.

Volvió más furiosa que se había ido:

—Ha dicho que en su casa no recibe a personas como usted.

Entonces Sanjurjo le entregó la carta de don Cosme y dijo:

—Llévele usted esta carta y dígame que espero contestación.

No se hizo ésta esperar. El ama reapareció para decirle que “tuviera la bondad” de pasar, y cuando entró, vió que el padre Sabino, muy avergonzado y confundido, apenas acertaba a contestar a su saludo.

Le dió toda clase de excusas.

—Yo no sabía, don Ceferino...

—Eso es—le atajó Sanjurjo despreciativamente—. Usted no sabía quién era yo. Luego no es de extrañar su imprudencia.

—Yo estoy dispuesto a servirle en todo cuanto esté en mi mano.

—Bien. Lo único que por ahora deseo es que no se moleste a la hermana San Sulpicio. Estoy completamente seguro, y usted también, de que ella está decidida a salir del convento, quiera o no su madre. Para cuando llegue el caso, que llegará pronto, le agradeceré que no ponga usted obstáculos...

—Descuide usted, señor Sanjurjo.

Así terminó esta entrevista tan distinta

a la primera que tuvieran las dos mismas personas.

Inmediatamente escribió Sanjurjo una carta a Gloria contándole lo ocurrido y fué a buscar a Paca para entregársela. La esperó a la puerta de la fábrica de tabacos.

Dos días después recibió la contestación de Gloria, concebida en estos términos:

Con eso y con que le dé calabazas cuando salga del convento, está usted aviado.

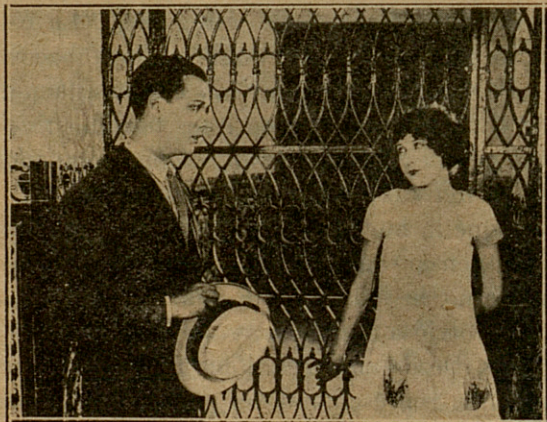
Aquella burla, en vez de desalentarle, le hizo pensar que si fuera a Gloria indiferente no le hablaría de aquel modo.

Y volvió a escribirle, y volvió ella a contestar. Desde entonces, Paca no hizo sino ir y venir, representando el papel de un tren correo.

Un día le dijo Villa que debía ir a visitar a Isabel a su casa, y se apresuró a hacerlo. La condesita le recibió amablemente y le presentó a su padre. Llamábase el conde don Jenaro y, según él mismo refirió, había sido en su juventud una especie de segunda edición de Don Juan Tenorio, tan azarosa fué su vida.

Era un hombre franco, parlanchín y

amable. Ante su afabilidad, cualquiera hubiera dudado de que en su juventud cometiera las atrocidades que contaba.



La condesita le recibió amablemente.

Isabel, que les había dejado solos, apareció de pronto para decirle lo que ella y Sanjurjo deseaban de él.

El conde se llevó las manos a la cabeza.

—¿Que visite a Tula? ¡Pero si hace lo menos tres años que no he hablado con

ella! ¿Crees que estoy en condiciones de darle consejos?

Pero tanto insistió Isabel, y tan oportunos argumentos usó para convencerle, que lo consiguió al fin, y quedaron en que al día siguiente iría a realizar la visita en que había de favorecer a Sanjurjo.

Le invitaron a almorzar y en la mesa siguió el conde hablando de sus aventuras juveniles, pero teniendo buen cuidado en excluir aquellas que por su índole no debían escuchar los castos oídos de Isabel.

* * *

Siguieron unos días, que fueron mortales para Sanjurjo.

Ni recibió noticias de Gloria ni veía a Isabel en la tertulia de los Anguita.

Fué a esperar a Paca a la puerta de la

fábrica; pero, para colmo de desdichas, tampoco consiguió verla.

Por fin, un día reapareció Isabel en la reunión de los Anguita y lo primero que hizo al verle fué acercarse a él para decirle con tono grave:

—Prepárese a recibir una gran noticia.

Sanjurjo se estremeció.

—¿Qué ha sucedido? ¿Alguna desgracia acaso?

—Al contrario. Oiga usted. Gloria ya está en su casa.

—¡Pero es posible!

Esto fué todo lo que pudo decir, tan desconcertado y confundido estaba.

—Venga usted mañana a mi casa. Mi padre le invita a almorzar. Allí hablaremos.

Hizo bien Isabel en dejarlo para el día siguiente, pues de contárselo todo allí, Sanjurjo hubiera dado el espectáculo.

Llegado el momento, la condesita, en presencia de su padre, que por cierto estaba aquel día poco locuaz, acaso porque la noche antes le habían dado un latigazo en el juego, le contó los trabajos que el conde había realizado en su favor.

Don Jenaro había atacado sin rodeos el punto más importante de la cuestión.

—Mira, Tula—le dijo—. Tú contraerás una gran responsabilidad si obligas a la chica a que renueve los votos, contra su voluntad. Lo que debes hacer es todo lo contrario: sacarla del convento, dejarla ver mundo, que entre en sociedad. Y si después de algunos meses de llevar esta vida, mejor dicho, de conocer la vida, ella, por su propio impulso, quiere volver a vestir el hábito, entonces puedes permitirle que sea monja, porque será una monja de verdad. Entonces habrás hecho una buena obra, y no ahora, que destrozarías su vida y causarías un perjuicio a la orden a que pertenece, porque tú no sabes lo que es una monja sin vocación.

—Y ahí tiene usted las consecuencias, amigo Sanjurjo. Gloria está ya fuera del convento. ¿No le parece a usted que hemos llevado las cosas rápidamente?

Realmente no podía pedirse más; pero a Isabel le pareció sin duda poco, y añadió:

—No basta con lo que hemos hecho. Es menester llegar hasta el fin. Véngase por

aquí otro día y trataremos de organizar la batida.

Salió de allí Sanjurjo tan confundido, que no quiso ver a nadie hasta que la mente se le despejara.

Fué esto más difícil de lo que en un principio creyera. Pasó casi toda la tarde y su pensamiento seguía siendo un remolino infernal. Sabía dónde estaba la casa de Gloria y se dirigió a ella y estuvo rondándola hasta que se hizo de noche. Nada consiguió con aquello. Los balcones estaban cerrados a piedra y lodo, cerrada estaba la puerta, y cerrada la reja que daba a un callejón lateral.

Al día siguiente se presentó Paca en la fonda y Sanjurjo se abalanzó a ella como si quisiera devorarla.

Era portadora de una carta y el joven se la arrebató. Creyó morir de alegría al ver que era de Gloria, Gloria, que le invitaba a pasar aquella noche, a las once, por delante de la reja que daba al callejón.

¿Cómo describir el estado de ánimo en que Sanjurjo se dirigió aquella noche a la cita? En la sombra, a través de la florida

reja, vió relucir los dientes de Gloria como si fueran diamantes. Nos abstendremos de reproducir las primeras palabras que pronunció Sanjurjo en aquel momento de loca emoción. Evitémosle al pobre este ridículo.

Cuando logró tranquilizarse, salió a relucir el poeta, y entonces sí que estuvo elocuente.

Pero Gloria le interrumpió:

—Amigo mío, me parece que usted corre demasiado. Antes de alegrarse debe escuchar mi respuesta.

Sanjurjo se quedó bastante parado.

—Tiene usted razón.

—Pues bien, allá va la contestación, pues para eso le he llamado. He de decirle, amigo mío, que yo estoy muy agradecida a usted por lo mucho que ha hecho por mí y que incluso me es usted simpático. Pero de eso a que yo le quiera... Compréndalo usted: para que una se enamore de un hombre, no es suficiente que él esté enamorado de ella...

Sanjurjo no podía dar crédito a lo que oía. Las piernas le temblaban y sobre sus ojos se había fijado una densa nube.

—Pero...—logró al fin contestar—. Entones, ¿por qué me ha alentado con cartas y recados cuando estaba en el convento?

—Es verdad. He abusado de su nobleza. Pero ¡tenía tantas ganas de salir del convento y su ayuda me era tan preciosa!

Sanjurjo se estremeció. Miró fijamente a Gloria y, aferrándose a los barrotes de la reja, le soltó este chorro de improperios:

—¡Muy bien por la monjita! ¿Usted era la muchacha virtuosa y dulce? ¡Ja, ja! Déjeme usted que me ría de sus virtudes. Usted, querida *hermanita*, no es más que una vulgar coqueta, una mujer que, en vez de vivir en este palacio, estaría bien en un puesto de verduras o haciendo cigarros en la fábrica. No me duele haber puesto en usted lo mejor de mi corazón: me duele haber perdido el tiempo lastimosamente.

Y lo asombroso fué que Gloria exclamó:

—¡Así me gustas, gitano!

—Pero...

—Nada: que ya estaba harta de leer tanta palabrita empalagosa en tus cartas y necesitaba convencerme de que no eres tonto. Así te quiero.

Otra vez se estremeció Sanjurjo, pero esta vez de alegría.

De buena gana habría roto los barrotes de la reja, haciendo un desaguizado con aquella cara de ojos negros y labios de clavel.

Siguieron tuteándose y viéndose todas las noches. Poco a poco las conversaciones fueron siendo más íntimas y Sanjurjo supo por Gloria que estaba decidida a casarse con él y que se casaría por encima de todo, pero que habían de apercibirse para la lucha con su madre y con el *administrador*, don Oscar, los cuales se oponían a que se casara, y como era menor de edad, no tenía más remedio que obedecer.

Siguiendo los planes concebidos por Gloria, Sanjurjo se presentó en la casa para ver a don Oscar, fingiéndose ser un oficial carlista que regresaba de los Pirineos. Don Oscar era acérrimo partidario de don Carlos y le dispensó inmejorable acogida, haciéndole una infinidad de preguntas, a las que Sanjurjo pudo contestar por haberse echado al cuerpo, aquellos días, media do-

cena de gruesos volúmenes que hablaban del carlismo.

El plan de Gloria era que fuera ganán-



Siguieron tuteándose y viéndose todas las noches.

dose las simpatías del *administrador* y de su madre para aparentar después que se enamoraba de la que ya era su novia y pedir su *mano*.

Don Oscar pareció a Sanjurjo un perso-

naje terriblemente pintoresco. Medía metro y medio escaso de estatura, pero tenía un vozarrón capaz de asustar a cualquiera. Era un maniático del orden y del ahorro, aunque esta palabra la habría substituído Sanjurjo por la de "avaricia". Comprendió en seguida que si aquel hombre se oponía tan tenazmente a que Gloria se casara era para evitar que el marido se llevara la parte de la fortuna que correspondía a la joven.

Doña Tula era un alma de Dios que se limitaba a hacer lo que aquel hombre ordenaba, pues tenía en él una fe ciega desde que consiguió volver a levantar su fortuna, que comenzó a decrecer a raíz de la muerte del esposo.

Grandes progresos había hecho ya Sanjurjo en el ánimo de la extravagante pareja de vejestorios cuando un día, al entrar al despacho de don Oscar, vió que con él estaba Suárez, el malagueño que conociera en Marmolejo.

Lo echó todo a rodar nombrándole a la hermana San Sulpicio y a su antigua amistad con ella.

Don Oscar, comprendiéndolo todo, se es-

tremeció. Aquel joven conocía a Gloria, a pesar de que fingía ignorar incluso que doña Tula tuviera una hija. Aquel joven no era oficial carlista, sino un vivo que iba derecho por la fortuna de Gloria.

Tan azorado quedó Sanjurjo ante la mirada amenazadora que le dirigía don Oscar y ante la sonrisa impertinente del desvergonzado malagueño, que todo lo que se le ocurrió fué pronunciar un balbuciente "Ustedes sigan bien" y salir del despacho y de la casa de Gloria para siempre.

IV

Por la noche comprobó que Gloria—¡naturalmente! — estaba enterada de todo. Entre don Oscar y su madre la habían puesto de vuelta y media, acusándola de far-sante y de traidora, pero ella lo había negado con tanta firmeza que llegó a hacerles dudar. Ella no había visto en su vida a "aquel señor Sanjurjo", por mucho que se empeñara Suárez. No le importaba lo más mínimo aquél ni ningún amigo de don Oscar y todos juntos podían ir a hacer gar-garas.

También supo Sanjurjo que Suárez la había rondado otras veces y que, en su desvergüenza, había expuesto a sus amigos

ciertos planes relacionados con la inversión del dote si lograra casarse con ella.

Ni a una cosa ni a otra daba Gloria la menor importancia, lo cual sorprendió a Sanjurjo, que estaba inquieto y furioso contra Suárez.

Tan segura estaba Gloria de que se casarían, que fijó la fecha de la boda, y esta confianza y este valor se comunicaron a Sanjurjo, el cual siguió acudiendo a la reja todas las noches, cada vez más feliz y enamorado.

En una de sus visitas encontró en Gloria una hostilidad inexplicable y, a fuerza de sondeos, logró enterarse de que estaba celosa de su prima Isabel. La condesita la había visitado y le había dado cuenta de las relaciones que mediaron entre ellos durante los trabajos para que Gloria recobrarla la libertad.

—Por algo me la alababas tanto en tus cartas—terminó diciendo Gloria.

—Pero, mujer, eso es una soberana tontería. Ya sabes que Isabel está enamorada del comandante Villa.

—¿Ves como eres un simple que te dejas

engañar y seducir como un colegial? Mi prima no ama al comandante y le está preparando unas decomunales calabazas. Mi prima no tiene corazón para amar a nadie. Sólo le gusta coquetear. ¿Crees que no sé que os pasabais noches enteras en dulce coloquio en casa de las de Anguita?

Le costó Dios y ayuda a Sanjurjo vencerla de que no amaba a nadie más que a ella en el mundo y de que le sería fiel hasta el fin de sus días.

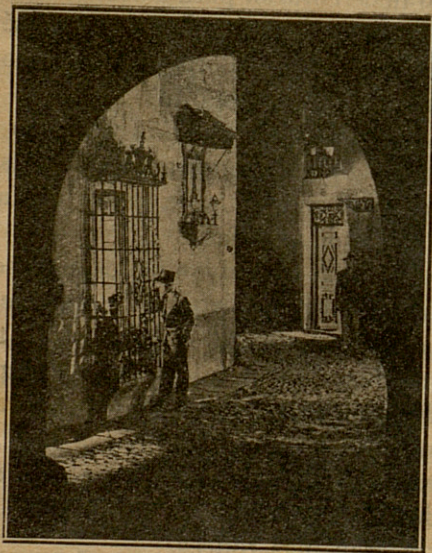
En los días sucesivos pudo convencerse de que tenía una novia terriblemente celosa. Tenía celos de las de Anguita y de todas las que iban a las tertulias, de las compañeras de hospedaje y hasta de las lectoras de sus versos.

Pero, en el fondo, todo marchaba a pedir de boca. Cada vez se querían más y cada vez eran más felices.

Hasta que una noche...

Fué espantoso. Estaba ya a unos veinte pasos de la reja, cuando se detuvo estupefacto. En la reja había otro hombre que hablaba con entusiasmo con alguien que estaba dentro. Haciendo acopio de energías,

siguió avanzando y pasó por delante del individuo, que resultó ser Suárez, y de ella, que resultó ser Gloria. Los dos le habían



En la reja había otro hombre.

visto, pero no le dieron ninguna importancia. Incluso oyó unas risitas burlonas que se le clavarón en el alma.

Comenzó a andar por las calles sin rumbo fijo y todo lo que consiguió con sus acelerados paseos fué excitarse más.

Una hora después, sentía unos deseos apremiantes de patear la cabeza del cínico malagueño, y volvió al callejón dispuesto a esperar a que la sesión terminara.

No tardó en ocurrir esto, y entonces Sanjurjo salió al paso del galán.

—Buenas noches, muchacho.

Suárez empalideció y en vez de contestar al saludo se le quedó mirando fijamente, llevándose una mano al bolsillo.

—Deje usted eso para después — dijo Sanjurjo fríamente—. Antes hemos de echar un parrafito.

Accedió Suárez, tranquilizado por el plazo que daban a su cabeza, y se metieron en una taberna, donde Sanjurjo comenzó por decirle:

—Comprenderá usted que después de lo ocurrido esta noche no tengo más remedio que matarle.

Suárez, dueño ya de sí mismo, no hizo más que encogerse de hombros.

—Puesto que usted lo quiere. Pero, ¡va-

mos!, a mí me parece una tontería. Si la chica me quiere a mí, ¿qué culpa tengo yo de eso?



—*Buenas noches, muchacho.*

—Si no me importa que le quiera o le deje de querer—mintió Sanjurjo—. Lo que me importa es que me hayan humillado con la escenita de la reja. Si ustedes me hubieran avisado, nada. Pero eso de que yo

llegue allí y me los encuentre tan amarte-lados...

—Así mismo se lo dije yo a Gloria. Pero ya sabe usted cómo son las mujeres. Para meterle a uno en un compromiso, se pintan solas. Se empeñó en que fuera un cuarto de hora antes de las once y a ver qué iba a hacer yo.

Sanjurjo se quedó frío:

—Pero, ¿es posible que sea tan canalla esa mujer?

—No sé lo que será. El caso es que me citó a esa hora.

Sanjurjo apretó los puños con rabia.

—Está bien. Siendo así, comprendo que no tiene usted la culpa. Usted dispense.

Y salió de la taberna.

Pero algunas horas más tarde, cuando su cerebro comenzó a funcionar con más regularidad, comprendió que era absurdo que Gloria hubiera preparado aquella bárbara comedia. ¿A santo de qué? Si no le quería, con enviarlo a paseo, en paz. Por mala que fuera, no podía concebirse aquel estúpido empeño en llevar la burla a extremo tal. Allí había gato encerrado.

Fué a consultar a Paca al día siguiente y la cigarrera le dijo que era de su misma opinión. Conocía bien a la señorita Gloria y sabía que era incapaz de cometer acción semejante.

Ello decidió a Sanjurjo a escribir a Gloria preguntándole los motivos de aquel cambio de sentimientos, y entregó la carta a la cigarrera; pero he aquí que cuando esperaba una respuesta aclaratoria, Paca le devolvió la carta sin abrir.

—Es increíble, señorito. Pero es verdad. La señorita Gloria dice que no quiere acordarse ni del santo de su nombre.

Fácil es comprender lo que sucedió en Sanjurjo al recibir tal respuesta.

Lo primero que pensó fué tomar el tren aquel mismo día, para no tener que estrangular a aquella bruja, pero después se contentó con dirigirse a casa de la condesita y contarle todo lo que pasaba.

Isabel se echó a reír.

—¿Y hubiera sido usted capaz de marcharse de Sevilla por eso? Pues sí que la habría hecho buena. Pero, Señor, ¡qué retontos son los hombres! ¿Es posible que no

se haya usted dado cuenta de que eso son celos y nada más que celos?

—Me parece que se equivoca usted.

—No sea usted inocente. En mis últimas conversaciones con Gloria me he dado perfecta cuenta de que tiene celos de mí. Es terriblemente celosa. Creí que se había dado usted cuenta.

—Lo he advertido, pero...

—¿Y habiéndolo advertido, no comprendió que esa comedia de la que me ha hablado sólo puede ser producto de los celos? ¡Pero, hijo, si no puede estar más claro! Déjelo de mi cuenta. Yo pondré las peras a cuarto a esa tonta.

Y se las puso.

Aquel mismo día preparó una excursión en barca a un pueblecito costero al Guadalquivir y los invitó a los dos. Gracias a la influencia del conde, dejaron ir a Gloria; e Isabel halló el momento oportuno para reunirlos en pleno campo y dejarlos solos después de haber afeado a Gloria su conducta.

Los dos lloraron de alegría al saber que se querían más aún que antes.

Y Suárez, que formaba parte de la ex-

cursión, se quedó con tres palmos de narices.

Pero es de justicia reconocer que tomó la cosa con mucha más serenidad y filoso-



Aquel mismo día preparó una excursión.

fía que la demostrada por Sanjurjo noches atrás.

Se agarró a la primera muchacha que encontró libre y continuó la excursión como si nada hubiera sucedido.

* * *

Pero faltaba solucionar el punto más importante.

Una noche los pilló doña Tula en la reja y la consecuencia fué que al día siguiente Paca fué en busca de Sanjurjo a decirle:

—¡Corra usted, señorito, que la quieren volver a meter en el convento!

No necesitó Sanjurjo más explicaciones para coger el revólver y el sombrero y salir disparado de la fonda.

Había cogido el revólver porque estaba decidido a impedir la villanía aunque tuviera que agujerear media docena de cabezas.

Mientras Paca corría a dar cuenta de lo sucedido a la condesita, Sanjurjo se dirigió a casa de Gloria, donde llegó en el preciso instante en que de la puerta de la casa partía un coche, después de haber introducido en él a viva fuerza a una muchacha, que no podía ser otra que Gloria.

Don Oscar estaba en la puerta presenciando la partida, y en el que acompañaba a la joven había reconocido Sanjurjo a un empleado del administrador.

Al pasar por el lado de éste, Sanjurjo le dirigió algunas palabras, que no eran precisamente de cariño, y continuó corriendo en persecución del carruaje.

Comenzaba a anochecer y a aquella hora las calles estaban muy pobladas de gente, por lo que el coche no podía marchar a toda la velocidad que su conductor hubiera querido. Sanjurjo, en cambio, corría como si tuviera alas y así pudo alcanzar el coche sin dificultad.

Pero no lo asaltó, sino que consideró más conveniente esperar a la puerta del convento para impedir que introdujeran en él a Gloria.

Apretó, pues, el paso y se instaló ante la puerta del colegio con los brazos cruzados y en una actitud que parecía querer decir: "Primero habréis de pasar sobre mi cadáver."

Llegó el coche y el empleado del administrador y otro señor que Sanjurjo no conocía hicieron bajar a Gloria, la cual se debatía como una niña que rehuye los azotes maternos.

Como la calle era bastante céntrica, en seguida atrajo Gloria, con sus protestas, la atención de varios transeúntes, que se detuvieron para no perder detalle del espectáculo y el número de ellos creció considerablemente cuando Sanjurjo sacó el revólver y amenazó a los dos secuestradores de Gloria, los cuales se quedaron tan sorprendidos y confusos, que no sabían qué actitud tomar.

Este momento de sorpresa fué muy bien aprovechado por el joven, el cual comenzó a dar gritos llamando a los desconcertados caballeros "canallas", "secuestradores" y otras lindezas por el estilo, al mismo tiempo que explicaba en el mismo tono y con los mayores detalles posibles lo que se pro-

ponían hacer con Gloria y por qué lo hacían.

Sanjurjo sólo se proponía con ello que el público se enterara de lo que ocurría y se pusiera de parte de Gloria, cosa que consiguió plenamente, pues todos veían bien claro que aquella muchacha no quería entrar en el convento y que a sus raptos les causaba gran inquietud que Sanjurjo hablara en voz alta, como si temieran la intervención de la autoridad.

Los espectadores sumaban ya cerca de cuarenta, y entre ellos comenzaron a oírse voces de censura contra el empleado del administrador y su compañero, aplaudiendo la conducta de Sanjurjo y animándole a no dar su brazo a torcer con frases como éstas: "Duro con ellos." "No se amilane usted, amigo, que aquí estoy yo para defenderle."

Llegó por fin un guardia y se los llevó a todos al juzgado. La multitud les siguió para prestar declaración en favor de la simpática pareja y el resultado fué que el juez decretó el depósito de Gloria.

En aquel preciso momento apareció en

el juzgado Isabel. Había sido avisada por Paca y había acudido al convento, en cuya puerta le contaron unas señoras lo ocurrido.

Se apresuró a ir al juzgado y, al saber que el juez concedía el depósito, pidió que éste fuera en su casa, a lo que el magistrado no opuso ningún inconveniente.

Y así terminó el lance. En el coche de Isabel subió Gloria y Sanjurjo se quedó en el juzgado para cumplir algunos requisitos.

* * *

No contentos con eso, como habían de esperar a que Gloria fuera mayor de edad para casarse, Sanjurjo discurrió el modo de no esperar tanto tiempo. Se preparó un discurso adecuado a las circunstancias y se presentó en casa de Gloria, donde fué recibido con la hostilidad que es de suponer. Pero él llevaba argumentos de mucho peso y a los insultos de don Oscar respondió que en el juzgado había una querrella presentada por Gloria y a la que no se había dado curso gracias a él. En ella se hacía constar que la joven había sido violentada para entrar en el convento. Si la cosa seguía

adelante, la justicia haría indagaciones y se pondría en claro el verdadero papel que

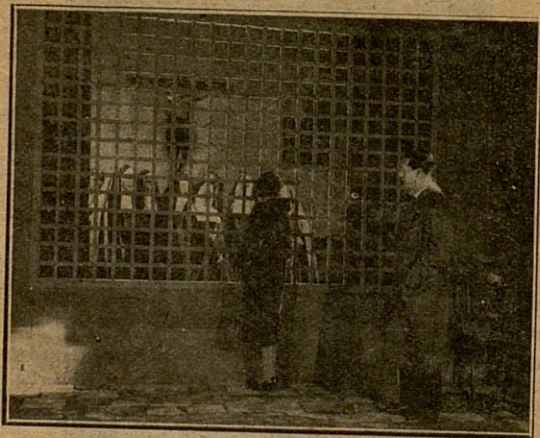


La boda se celebró quince días después.

don Oscar representaba en aquella casa.

El argumento produjo un efecto inmediato y media hora después salía de allí

Sanjurjo con una autorización firmada por doña Tula para que Gloria se casara y con otros documentos relacionados con la fortuna de la joven.



... visitaron el convento donde Gloria estuvo reclusa...

La boda se celebró quince días después y a ella fueron invitados tan sólo los íntimos.

Fué madrina Isabel y padrino el padre

de Sanjurjo, el cual fué avisado con tal fin.

Una vez casados, visitaron el convento donde Gloria estuvo reclusa, y todas las hermanas bendijeron aquella unión.

El viaje de novios duró varios meses. La felicidad del matrimonio duró toda la vida.

FIN

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbará, 16; Madrid: Caños, 1

Ediciones Especiales de
La Novela Semanal Cinematográfica

¡Lo mejor del cine!

Últimos éxitos:

Orquídeas salvajes

El caballero

Egoísmo

La máscara del diablo

El pan nuestro de cada día

Vieja hidalguía

Posesión

Tentación

La Pecadora

El beso

Ella se va a la guerra

por Eleanor Boardman, John Holland, etc.

LOS HIJOS DE NADIE

por Leda Gys

Precio: 1 peseta

Ediciones especiales de
La Novela Semanal Cinematográfica

¡Lo mejor del cine!

Gran éxito de la edición popular
de la inolvidable novela

El Pescador de Perlas

por Alice Terry - Ramón Navarro

Ya se ha puesto a la venta:

Acontecimiento máximo

Santa Isabel de Ceres

Adaptación de la genial obra de

Alfonso Vidal y Planas

¡Siempre lo mejor!

La Novela Cinematográfica del Hogar

aparece los sábados y sólo publica asuntos de buen gusto

- Número 1: Puertas cerradas, por Virginia Valli.—Postal-bicolor: JANET GAYNOR
- Número 2: Madre pecadora, por Irene Rich.—Postal-bicolor: CHARLES FARRELL
- Número 3: Estrella simbólica, por George O'Brien y Sue Carol.—Postal-bicolor: MARY DUNCAN
- Número 4: La Lasa del Pasado, por Donald Keith y Helen Foster.—Postal-bicolor: EDMUND LOWE
- Número 5: La mujer de Satanás, por Marcela Albani y Jack Trevor.—Postal-bicolor: POLA NEGRI
- Número 6: Jimmy, el misterioso, por William Haines y Leila Hyams.—Postal-bicolor: MAURICE CHEVALIER
- Número 7: Nueva mujer, nueva vida, por Dorothy Sebastian, Pat O'Malley y Harry Murray.—Postal-bicolor: JULIETTE COMPTON
- Número 8: Amanecer, por George O'Brien y Janet Gaynor.—Postal-bicolor: CHARLES MORTON
- Número 9: Tras la cortina, por Lois Moran, Warner Baxter, etc.—Postal-bicolor: FAY WRAY
- Número 10: Los misterios de Londres (La divina pecadora), por Anita Stewart, Creighton Hale y Francis Ford.—Postal-bicolor: DAVID ROLLINS
- Número 11: En la vieja Arizona, por Warner Baxter, Dorothy Burgess y Edmund Lowe.—Postal-bicolor: MARY PICKFORD
- Número 12: Honrarás a tu madre, por Mary Carr.—Postal-bicolor: GARY COOPER
- Número 13: Nobleza baturra, por Ino Alcubierre.—Postal-bicolor: GRETA GARBO
- Número 14: Su Majestad El Amor, por Harry Liedtke, Edda Croy.—Postal-bicolor: JOHN MAC BROWN
- Número 15: Amor siniestro, por Renée Adorée, Thomas Meighan, etc.—Postal-bicolor: ESTHER RALSTON
- Número 16: Eugenia Grandet, por Rodolfo Valentino y Alice Terry.—Postal-bicolor: NEIL HAMILTON

La Novela para Todos

Números publicados:

1. Mary la buena, Mary la mala, por Manuel Reinlein Sotomayor.—2. La que no pudo ser mala, por Sara Insúa.—3. La estrella de los montes, por R. Merchán Vargas.—4. Ella, Él y el perro, por Jorge Clary.—5. Alicia, la divina amante, por L. Linares Lorca.—6. Una mujer extraña, por Mariano Sanldefonso.—7. Se necesita un socio capitalista, por C. Montellano.—8. Gente de ahora, por Antonio Guardiola.—9. La Nochebuena en el penal, por Alfonso Vidal y Planas.—10. Marta, prima de Gertrudis, por Domingo de Fuenmayor.—11. El cantador de tangos, por Francisco-Mario Bislagne.—12. Mercedes, Paco y el otro, por L. Linares Lorca.—13. Si me engañas... por José Reygadas.—14. El tímido y el audaz, por Manuel Reinlein Sotomayor.—15. Señorita de Ciudad, por Alejandro Pons.—16. Una mujer, un hombre, una ciudad, por Antonio Otero.—17. Dos mujeres y un hombre, por Domingo de Fuenmayor.—18. ¡Tu mujer es muy bonita!, por Regina Oplisso.—19. El maleficio de una mujer, por Juan Soler y Raventos.—20. El león, con ser león... por Antonio Amador.—21. El caso del doctor González, por Benigno Bejarano.—22. Marión, la compasiva, por José Reygadas.—23. Una burguesa, por Antonio Guardiola.—24. Perversidad, por José María Huertas y Ventosa.—25. Dora y Angeles, por José Baeza Valero.—26. Enemigo de la ciencia y parricida, por Alfonso Vidal y Planas.—27. En flagrante delito, por Felipe Pérez Capo.—28. Juan Martín, el fogonero, por José Reygadas.—29. Los caminos cerrados, por Alejandro Bellver.—30. La ciudad de los vencidos, por Don Nadie.—31. Un tipo original, por Manuel Reinlein Sotomayor.

Próximo número:

Tórtola, la del cabaret de La Concha

Precio: 30 cts.

La novela EVA

Números publicados:

1. La rubia del taxímetro · 2. La manicura que no sabía decir que no · 3. Santa Madrona (aguafuerte de los barrios barceloneses) · 4. Impresión... eléctrica · 5. Encarna, la enigmática · 6. Casada... y como si nada · 7. Cuatro maridos · 8. El caso de Clarita · 9. Lasota es un «as» · 10. Por la cuenta de nueve · 11. El lunar de Magda · 12. Tres... eran tres · 13. Claudina tiene un amante · 14. Una morena y una rubia · 15. Pensión a todo estar · 16. ¡Caray con la inocencia! · 17. El capricho · 18. El tiro por la culata · 19. Juanita, la loca · 20. La aprendiz de modelo · 21. Amor y garbanzos · 22. El coleccionista de mujeres · 23. Sombras de burdel · 24. La impaciente Milán · 25. Las romanas caprichosas · 26. Las «rodilleras» · 27. Mi mujer vale un imperio · 28. El hombre es fuego... la mujer estopa... · 29. Historia de un sofá. (Lo que he visto y lo que he sentido) · 30. Casa de huéspedes · 31. La sal de una lionesa · 32. Saldo de cuentas · 33. Una niña «bien».

Próximo número:

Castelldefels-Sur-Mer, por Lilí

Precio: 30 céntimos

La Novela Adán

Compañera de la no menos atractiva EVA

Aparece los martes

Números publicados:

- Número 1. **Yo quiero un novio**
» 2. **En busca de una Venus**
» 3. **Pero, mamá, ¡si es tan feo!**
» 4. **La primera vez**
» 5. **Nieve derretida**
» 6. **D. Casto**
» 7. **La familia de mi marido**
» 8. **¡Oh, la moral!**
» 9. **Las aventuras de Perico**
» 10. **El profesor de masaje**
» 11. **Patata temprana**
» 12. **Las caídas de Eva**
» 13. **La viuda inconsolable**
» 14. **Pocholo, el "pera"**
» 15. **Vale más maña que fuerza**
» 16. **Una noche de estío**
» 17. **Vuelta de campana**

Precio: 30 céntimos

Recuerde usted este título:

Mudo y sonoro

Revista cinematográfica popular semanal de
EDICIONES BISTAGNE

¡Los éxitos del Cine sonoro!

Follies 1929

Broadway Melody

Letra y música

El mundo al revés

Casados en Hollywood

Un plato a la americana

Noches de Broadway

Precio: 50 céntimos

En breve:

La publicación optimista

J A J A Y

de EDICIONES ADÁN Y EVA

E. B.